

EL SÉPTIMO CÍRCULO

LOS QUE AMAN, ODIAN

FOR
SILVINA OCAMPO
Y A. BLOY CASARES



El doctor Huberman llega al apartado hotel de Bosque de Mar «en busca de una deleitable y fecunda soledad». Poco imagina que pronto se verá envuelto en las complejas relaciones que los curiosos habitantes del hotel han ido tejiendo. Una mañana, uno de ellos aparece muerto y otro ha desaparecido. Bajo la amenaza de los cangrejales y del mar, aislados por una tormenta de viento y arena, las ya frágiles relaciones entre los personajes se tensan. Cualquier detalle es acusador, cualquier persona puede ser el asesino. Llegados a este punto, la novela se convierte en un fascinante viaje a través de las pasiones humanas, desde el amor hasta la envidia, la venganza, incluso el odio. Es aquí donde el carácter de los personajes cobra máxima importancia : los fantasmas y los deseos de cada uno, esos mundos imaginarios tan recónditos y secretos, forman parte del misterio que irá desvelándose a lo largo de la obra.

I

Se disuelven en mi boca, insípidamente, reconfortantemente, los últimos glóbulos de arsénico (*arsenicum álbum*). A mi izquierda, en la mesa de trabajo, tengo un ejemplar, en hermoso Bodoni, del *Satyricón*, de Cayo Petronio. A mi derecha, la fragante bandeja del té, con sus delicadas porcelanas y sus frascos nutritivos. Diríase que las páginas del libro están gastadas por lecturas innumerables; el té es de China; las tostadas son quebradizas y tenues; la miel es de abejas que han libado flores de acacias, de favoritas y de lilas. Así, en este limitado paraíso, empezaré a escribir la historia del asesinato de Bosque del Mar.

Desde mi punto de vista, el primer capítulo transcurre en un salón comedor, en el tren nocturno a Salinas. Compartían mi mesa un matrimonio amigo —diletantes en literatura y afortunados en ganadería— y una innominada señorita. Estimulado por el *consommé*, les detallé mis propósitos: en busca de una deleitable y fecunda soledad —es decir, en busca de mí mismo— yo me dirigía a ese nuevo balneario que habíamos descubierto los más refinados entusiastas de la vida junto a la naturaleza: Bosque del Mar. Desde hacía tiempo acariciaba yo ese proyecto, pero las exigencias del consultorio —pertenezco, debo confesarlo, a la cofradía de Hipócrates— postergaban mis vacaciones. El matrimonio asimiló con interés mi franca declaración: aunque yo era un médico respetable —sigo invariablemente los pasos de Hahnemann— escribía con variada fortuna ar-

gumentos para el cinematógrafo. Ahora la Gaucho Film Inc., me encarga la adaptación, a la época actual y a la escena argentina, del tumultuoso libro de Petronio. Una reclusión en la playa era imprescindible.

Nos retiramos a nuestros compartimientos. Un rato después, envuelto en las espesas frazadas ferroviarias, todavía entonaba mi espíritu la grata sensación de haber sido comprendido. Una súbita inquietud atemperó esa dicha: ¿no había obrado temerariamente? ¿No había puesto yo mismo en manos de esa pareja inexperta los elementos necesarios para que me arrebataran mis ideas? Comprendí que era inútil cavilar. Mi espíritu, siempre dócil, buscó un asilo en la anticipada contemplación de los árboles junto al océano. Vano esfuerzo. Todavía estaba en la víspera de esos pinares... Como Betteredge con *Robinson Crusoe*, recurrí a mi Petronio. Con renovada admiración leí el párrafo.

Creo que nuestros muchachos son tan tontos porque en las escuelas no les hablan de hechos reales, sino de piratas emboscados, con cadenas, en la ribera; de tiranos preparando edictos que condenan a los hijos a decapitar a sus propios padres, de oráculos, consultados en tiempos de epidemias, que ordenan la inmolación de tres o más vírgenes...

El consejo es, todavía hoy, oportuno. ¿Cuándo renunciaremos a la novela policial, a la novela fantástica y a todo ese fecundo, variado y ambicioso campo de la literatura que se alimenta de irrealidades? ¿Cuándo volveremos nuestros pasos a la picaresca saludable y al ameno cuadro de costumbres?

Ya el aire de mar penetraba por la ventanilla. La cerré. Me dormí.

II

Cumpliendo estrictamente mis órdenes, el camarero me despertó a las seis de la mañana. Ejecuté unas breves abluciones con el resto de la media Villavicencio que había pedido antes de acostarme, tomé diez glóbulos de arsénico, me vestí y pase al comedor. Mi desayuno consistió en una fuente de frutas y dos tazas de café con leche (no hay que olvidarlo: en los trenes el té es de Ceylán). Lamente no poder explicar a la pareja que me había acompañado durante la cena de la víspera algunos detalles de la ley de propiedad intelectual; iban mucho más allá de Salinas (hoy Coronel Faustino Tambussi), y sin duda intoxicados por los productos de la farmacopea alopática, dedicaban al sueño esas horas liminares de la mañana que son, por nuestra incuria, la propiedad exclusiva del hombre de campo...

Con diecinueve minutos de atraso —a las siete y dos— el tren llegó a Salinas. Nadie me ayudó a bajar las maletas. El jefe de la estación —por lo que pude apreciar la única persona despierta en el pueblo— estaba demasiado interesado en un canje de pueriles aros de mimbre con el maquinista para socorrer a un viajero solitario, apremiado por el tiempo y los equipajes. Acabó por fin el hombre sus tratos con el maquinista y se encaminó hacia donde yo estaba. No soy rencoroso, y ya se abría mi boca en una sonrisa cordial y la mano buscaba el sombrero, cuando el jefe se encarró, como un demente, con la puerta del furgón. La abrió, se precipitó adentro, y vi caer, amontonadas en el andén, cin-

co estrepitosas jaulas de aves. Me ahogó la indignación. Para salvarlas de tanta violencia de buena gana me hubiera ofrecido a cargar con las gallinas. Me consolé pensando que manos más piadosas habían lidiado con mis maletas.

Velozmente me dirigí al patio trasero, para averiguar si el automóvil del hotel había llegado. No había llegado. Sin dilaciones decidí interrogar al jefe. Después de buscarlo un rato, lo encontré sentado en la sala de espera.

—¿Busca algo? —me preguntó.

No disimulé mi impaciencia.

—Lo busco a usted.

—Aquí me tiene, entonces.

—Estoy esperando el automóvil del Hotel Central, de Bosque del Mar.

—Si no le molesta la compañía, le aconsejo que tome asiento. Aquí, siquiera corre aire —consultó su reloj—. Son las siete y catorce, y mire que hace calor. Le soy verdadero: esto va a acabar en una tormenta.

Sacó del bolsillo un pequeño cortaplumas de nácar y empezó a limpiarse las uñas. Le pregunté si tardaría mucho en llegar el automóvil del hotel. Me respondió:

—Mis pronósticos no cubren ese punto.

Siguió absorto en su tarea con el cortaplumas.

—¿Dónde está la oficina de correos? —interrogué.

—Vaya hasta la bomba de agua, más allá de los vagones que están en la vía muerta. Deje a su derecha el árbol, doble en ángulo recto, crucé frente a la casa de Zudeida y no se detenga hasta llegar a la panadería. La casilla de chapas es el correo. —En el aire mi informante seguía con las manos el minucioso trayecto. Después agregó—: Si encuentra despierto al jefe, le doy un premio.

Le indiqué dónde quedaban mis equipajes, le rogué que no dejara partir sin mí al automóvil del hotel y avancé por ese dédalo abierto, bajo un sol absoluto.

III

Aliviado por las instrucciones precisas que había impartido toda correspondencia a mi nombre debía remitirse al hotel, emprendí el regreso. Me detuve junto a la bomba y, después de enérgicos esfuerzos, logré engañar la sed y mojarme la cabeza con dos o tres chorros de agua tibia. Con paso vacilante llegué a la estación.

En el patio había un viejo Rickenbacker cargado con las jaulas de las gallinas. ¿Hasta cuándo tendría yo que esperar en ese infierno el automóvil del hotel?

En la sala de espera encontré al jefe conversando con un hombre abrigado con una gruesa campera. Éste me preguntó:

—¿El doctor Humberto Huberman?

Asentí. El jefe me dijo:

—Ya cargamos su equipaje.

Es increíble la felicidad que estas palabras me produjeron. Sin mayor dificultad logré intercalarme entre las jaulas. Iniciamos el viaje hacia Bosque del Mar.

El camino, durante las primeras cinco leguas, consistió en una sucesión de pantanos; el progreso del meritorio Rickenbacker fue lento y azaroso. Yo buscaba el mar como un griego del *Anabasis*, ninguna pureza en el aire parecía anunciarlo. En torno a un bebedero, una majada inmóvil creía guarecerse en las endeables rayas de sombra que proyectaba un molino. Mis compañeros de viaje se agitaban en sus jaulas. Cuando el automóvil se detenía en las tranque-

ras, diríase que un polvillo de plumas, como un polen de flores, se propagaba en el ambiente, y una efímera sensación olfativa traía a mi memoria un feliz episodio de la infancia, con mis padres, en los gallineros de mi tío en Buruco. ¿Confesaré que durante algunos minutos logré refugiarme, en medio de los sacudones y del calor, en la prístina visión de un huevo pasado por agua, en una taza de porcelana blanca?

Llegamos, por fin, a una cadena de médanos. Divisé a la distancia una franja cristalina. Saludé al mar: *Thalasa... Thalasa*. Se trataba de un espejismo. Cuarenta minutos después divisé una mancha violeta. Grité para mis adentros: *Epi oinopa pontón!* Me dirigí al *chauffeur*.

—Esta vez no me equivoco. Ahí está el mar.

—Es flor morada —contestó el hombre. Al rato sentí que los baches habían cesado. El *chauffeur* me dijo:

—Tenemos que andar ligero. La marea sube dentro de unas horas.

Miré a mi alrededor. Avanzábamos lentamente por unos tablones, en medio de una extensión de arena. Entre los médanos de la derecha aparecía, lejano, el mar. Pregunté:

—Entonces, ¿por qué anda tan despacio?

—Si una rueda se desvía de los tablones, nos enterramos en la arena.

No quise pensar en lo que pasaría si nos encontrábamos con otro automóvil. Estaba demasiado cansado para preocuparme. Ni siquiera advertí la frescura marítima. Logré articular la pregunta:

—¿Falta mucho?

—No —contestó—. Ocho leguas.

IV

Me desperté en la penumbra. No sabía dónde estaba ni siquiera qué hora era. Hice un esfuerzo, como quien trata de orientarse. Recordé: estaba en mi cuarto, en el Hotel Central. Entonces oí el mar.

Encendí la luz. Vi en mi cronógrafo —que yacía junto a los volúmenes de Chirón, de Kent, de Jahr, de Alien y de Hering, sobre la mesita de pino— que eran las cinco de la tarde. Pesadamente empecé a vestirme: ¡Qué descanso verme libre de la rigurosa indumentaria que nos imponen los convencionalismos de la vida urbana! Como un evadido de la ropa, me enfundé en mi camisa escocesa, en mi pantalón de franela, en mi saco de brin crudo, en el plegadizo panamá, en los viejos zapatones amarillos y en el bastón con empuñadura en cabeza de perro. Agaché la cabeza, con no disimulada satisfacción examiné en el espejo mi abultada frente de pensador, y otra vez convine con tanto observador imparcial: la similitud entre mis facciones y las de Goethe es auténtica. Por lo demás, no soy un hombre alto; para decirlo con un vocablo sugestivo, soy menudo — mis humores, mis reacciones y mis pensamientos no se extenúan ni se embotan a lo largo de una dilatada geografía —. Me precio de tener una cabellera agradable a la vista y al tacto, de poseer unas manos pequeñas y hermosas, de ser breve en las muñecas, en los tobillos, en la cintura. Mis pies, «frívolos viajeros», ni cuando duermo descansan. La piel es blanca y rosada; el apetito, perfecto.

Me apresuré. Quería aprovechar el primer día de playa.

Como esos recuerdos de viaje que se borran de la memoria y que luego encontramos en el álbum de fotografías en el momento de aflojar las correas de mi maleta vi —¿por primera vez?— las escenas de mi llegada al hotel. El edificio, blanco y moderno, me pareció pintorescamente enclavado en la arena: como un buque en el mar, o un oasis en el desierto. La falta de árboles estaba compensada por unas manchas verdes caprichosamente distribuidas —dientes de león, que parecían avanzar como un reptil múltiple, y rumorosas estacas de tamarisco—. Hacia el fondo del paisaje había dos o tres casas y alguna choza.

Ya no estaba cansado. Sentí como un éxtasis de júbilo. Yo, el doctor Humberto Huberman, había descubierto el paraíso del hombre de letras. En dos meses de trabajo en esta soledad terminaría mi adaptación de Petronio. Y entonces... *Un nuevo corazón, un hombre nuevo*. Habría por fin, sonado la hora de buscar otros autores, de renovar el espíritu.

Furtivamente avancé por oscuros pasadizos. Quería evitar un posible diálogo con los dueños del hotel —lejanos parientes míos— que hubiera demorado mi encuentro con el mar. La suerte, favorable, me permitió salir sin ser visto e iniciar mi paseo por la arena. Éste fue una dura peregrinación. La vida en la ciudad nos debilita y nos enerva de tal modo que, en el *shock* del primer momento los sencillos placeres del campo nos abruman como torturas. La naturaleza no tardó en persuadirme de lo inadecuada que era mi indumentaria. Con una mano yo me hundía el sombrero en la cabeza para que no me lo arrebatara el viento, y con la otra hundía en la arena el bastón, buscando inútilmente el apoyo de unos tablones que afloraban de trecho en trecho, jalonando el camino. Los zapatones, rellenos de arena, eran otras tantas rémoras en mi marcha.

Finalmente entré en una zona de arena más firme. A unos ochenta metros, hacia la derecha, un velero gris yacía

volcado en la playa; vi que una escalera de cuerdas pendía de la cubierta y me dije que en uno de mis próximos paseos la escalaría y visitaría el barco. Ya cerca del mar, junto a un grupo de tamariscos, tremolaban dos sombrillas anaranjadas. Contra un fondo de resplandores inverosímiles, hecho de mar y cielo surgieron, nítidas como a través de un lente, las figuras de dos muchachas en traje de baño y de un hombre de azul con gorra de capitán y pantalones remangados.

No había otro sitio donde resguardarse del viento. Decidí acercarme, por detrás de las sombrillas los tamariscos.

Me saqué los zapatones, las medias y me arrojé en la arena. La sensación de placer fue perfecta. Casi perfecta: la moderaba la previsión inevitable del regreso al hotel. Para evitar cualquier intromisión de los vecinos —además de los mencionados había un hombre oculto por una sombrilla— apelé a mi Petronio y fingí engolfarme en la lectura. Pero mi única lectura en esos momentos de irremisible abandono fue, como la de los augures, el blanco vuelo de unas gaviotas contra el cielo plomizo.

Lo que yo no había previsto cuando me acerqué a las sombrillas era que sus ocupantes hablaran. Hablaban sin ninguna consideración hacia la belleza de la tarde ni hacia el fatigado vecino que procuraba en vano abstraerse en la lectura. Las voces, que hasta entonces se confundían con el coro del mar y el grito de las gaviotas, se preciaron con desagradable energía. Me pareció reconocer por lo menos a una de las voces femeninas.

Movido por una natural curiosidad, me volví hacia el grupo. No vi en seguida a la muchacha cuya voz creí reconocer; la tapaba una sombrilla. Su compañera estaba de pie; era alta, rubia, ¿me atreveré a decirlo?, muy hermosa, con una piel de impresionante blancura, con manchas rosadas («color de salmón crudo», según dictaminaría después el doctor Manning). Su cuerpo era demasiado atlético para mi gusto y en ella se advertía, como una tácita presencia,

una animalidad que atrae a ciertos hombres sobre cuyas aficiones prefiero no opinar.

Después de escuchar unos minutos la conversación, reuní los siguientes datos: la muchacha rubia, una peligrosa melómana, se llamaba Emilia. La otra, Mary, traducía o corregía novelas policiales para una editorial de prestigio. Las acompañaban dos hombres. Uno de ellos —el de gorra azul— era un doctor Cornejo; me impresionó por sus rasgos bondadosos y por su íntimo conocimiento del mar y de la meteorología. Tendría unos cincuenta años; su cabello gris y sus ojos pensadores le conferirían una expresión romántica, no desprovista de vigor. El otro era un hombre más joven, amulatado. A despecho de cierta vulgaridad en el hablar y de una apariencia que recordaba los canelones del «tango en París» —pelo negro, lacio, ojos vivos, nariz aguileña— me pareció que ejercía sobre sus compañeros —nada brillantes, por lo demás— alguna superioridad intelectual. Descubrí que se llamaba Enrique Atuel y que era el novio de Emilia.

—Mary, ya es tarde para que se bañe —dijo Atuel, con una voz cadenciosa—. Además, el mar está bravo y usted no descuella en la resistencia.

Alegremente resonó la voz que me era familiar:

—¡Yo soy una niña que va a entrar en el agua!

—Sos una malcriada —replicó Emilia, afectuosamente—. ¿Querés suicidarte o querés matarnos de miedo?

El novio de Emilia insistió:

—Con esa corriente no se bañe. Mary. Sería un disparate.

Cornejo consultó su reloj de pulsera.

—La marea está subiendo —sentenció—. No hay ningún peligro. Si promete no alejarse, tiene mi consentimiento.

Atuel se dirigió a la muchacha:

—Si no puede volver, de poco le valdrá su consentimiento. Hagame caso y no se bañe.

—¡Al agua! —gritó Mary jovialmente. Saltaba, se ajustaba la gorra de baño y repetía—: ¡Soy una niña con alas! ¡Soy una niña con alas!

—Entonces estoy de más —dijo Atuel—. Me retiro.

—No seas necio —le dijo Emilia. Atuel se alejaba sin escucharla. Pero antes de irse descubrió mi presencia y me miró con severidad. Por mi parte, confieso que la grácil figura de Mary reclamaba mi atención. En verdad, era una niña con alas. Al encuentro de cada ola agitaba los brazos en alto como jugando con el cielo.

«¿Mary? ¿La señorita María Gutiérrez?», me pregunté. Es tan difícil reconocer a las personas en traje de baño... ¿La muchacha que me visitó este año en el consultorio y a quien le recomendé vacaciones en Bosque del Mar? Si, estaba seguro. La muchacha delicadamente perdida en el abrigo de pieles. Ahí estaban los ojos renegridos, ora pícaros, ora soñadores. Ahí estaba el *accroche coeur* sobre la frente. Recordé que yo le había dicho, bondadoso: «Somos almas hermanas». Era, como yo, un caso de arsénico. Ahí estaba, saltando junto al mar la enferma que este invierno yacía inerte en los cómodos sillones de mi consultorio. ¡Otra cura maravillosa del doctor Huberman!

Unas inquietas exclamaciones me despertaron de este ensueño. En efecto, la eximia nadadora se había alejado con prodigiosa facilidad.

—Se ha alejado nadando en gran estilo —protestaba, tranquilizador, Cornejo—. No corre peligro. Volverá.

—Se alejó porque la llevó la corriente —declaró Emilia.

Unos gritos me hicieron mirar hacia otro lado.

—¡No puede volver!

Era Atuel. que llegaba gesticulando. Se encaró con el doctor Cornejo y le arrojó:

—¿Consiguió lo que quería? No puede volver.

Juzgué que había llegado la hora de intervenir. Se presentaba en efecto, una ocasión favorable para practicar las enseñanzas de *crawl stroke* salvamento —tan susceptibles

de olvido— que el profesor Chimmara de Obras Sanitarias me había inculcado.

—Señores —dije resueltamente—, si alguien me presta un traje de baño la rescataré.

—Es un honor que me reserve —declaró Cornejo—. Pero tal vez podríamos indicarle a esta niña que avance en sesgo, en dirección noreste-suroeste...

Atuel lo interrumpió:

—¡Qué sesgo ni qué pavadas! La muchacha se está ahogando.

Un movimiento instintivo, o el deseo de no presenciar una disputa, me desvió la mirada en dirección al barco. Vi a un niño que bajaba por la escalera de cuerdas, que corría hacia nosotros.

Atuel se desvestía. Cornejo y yo nos disputábamos un pantalón de baño.

El niño gritaba:

—¡Emilia! ¡Emilia!

Ante nuestros ojos atónitos. Emilia corría por la playa, nadaba hacia Mary, regresaba con Mary.

Rodeamos, jubilosos, a las nadadoras. Ligeramente pálida, Mary me pareció más bella aún. Dijo con forzada naturalidad:

—Son unos alarmistas. Es lo que son: unos alarmistas.

El doctor Cornejo intentó persuadirla:

—Usted debió evitar que el agua levantada por el viento le golpeara en la cara.

El niño seguía llorando. Mary, para consolarlo, lo estrechó entre sus hermosos brazos mojados. Le decía tiernamente:

—¿Creíste que me ahogaba, Miguel? Yo soy la niña del mar y tengo un secreto con las olas.

Mary demostraba, como siempre, su gracia exquisita, pero demostraba también esa oscura vanidad y esa fatal ingratitud de los nadadores, que nunca reconocen haber estado en peligro y que reniegan de quienes los salvan.

Entre los personajes de ese episodio hubo uno que me impresionó vivamente. Fue el niño, un hijo de una hermana de Andrea, la dueña del hotel. Parecía tener once o doce años. Su expresión era tan noble; las líneas de su rostro eran regulares y definidas; sin embargo, había en él una mezcla de madurez y de inocencia que me disgustó.

—¡El doctor Huberman! —exclamó, sorprendida. Mary. Me había reconocido.

Conversando amistosamente emprendimos nuestro regreso. Miré hacia el hotel. Era un pequeño cubo blanco contra un cielo de nubes grises, desgarradas y retorcidas. Recordé una estampa del catecismo de mi niñez, titulada «La ira divina».